

poseído de la grandeza del Santuario y del fervor de los indios que hasta aquí vienen en peregrinación desde lejanas regiones, contemplo el paisaje que se extiende abajo del roquedal y por donde el río sagrado de los inkas es una sierpe cautiva entre las duras peñas. El temporal ha dejado en las cumbres de la otra ribera del río un leve manto de nieve que la tarde enciende con el oro de sus celajes. Todo es evocación: baja de las faldas el canto pastoril de una kena, soplada por Julián, al paso de su majada, y, del otro lado de la quebrada, del pueblo indio de San Salvador, el viento trae intermitente el golpe del bombo, en la danza que preparan los «chunchos» para la fiesta de la virgen del Rosario que se venera en Huallhua. El aire es tan transparente, tan puro, que pueden verse en la lejanía hasta los andenes de Pisac en sucesión infinita de altares. ¡Cómo se alejan y luego se acercan las cumbres! Tiene el roquedal tras sí un alto cerro, como un bastión, cuyo picacho mece trágica leyenda: el nombre del inca Kusi-Huarco. La noche viste la cumbre de un sayal negro». De regreso de la sierra, Sady Zañartu nos muestra el encanto misterioso y sensual de Lima, con sus jardines, sus celosías y sus mujeres morenas de arqueado y diminuto pie y los patios luminosos de Arequipa, escenarios de amores y cuna de indomables rebeldías. Cerramos el libro como quien retorna de un viaje maravilloso. Su embrujo ha logrado cogernos en una trama de colores y de música y embriagarnos con la evocación de cosas lejanas, grandiosas y muertas. Es duro el tránsito del ensueño a la realidad. Hubiéramos deseado seguir dialogando en voz baja con Mama Killa y con Koricancha, mientras lejos baten sus alas al atardecer las voces de bronce de la María Angola.—J. M.



OCHO HOMBRES, por José S. Villarejo.—Buenos Aires.

Son ya varios los libros que nos han mostrado diversos aspectos de lo que fué la guerra del Chaco. Hasta ahora, todos

ellos son el producto de la observación de hombres a quienes les tocó actuar detrás de las trincheras bolivianas. «Aluvión de Fuego», de Oscar Cerruto; «Del Caldero del Chaco», de Aquiles Vergara Vicuña y «Sangre de Mestizos», de Augusto Céspedes, del cual tuvimos oportunidad de hacer un comentario en el número anterior de «Atenea». Todos estos libros han sido publicados por editoriales chilenas. Esta novela de Villarejo, que acaba de aparecer en Buenos Aires, nos muestra el aspecto de la guerra detrás de las trincheras paraguayas. No hay en ella el dramatismo, ni el tono lírico y a ratos épico que caracteriza a los relatos de Céspedes. Es éste un libro más objetivo, más sencillo en su factura, tal vez con menos pulpa artística, pero en el cual se presiente desde sus primeras páginas la tragedia que ronda alrededor de esos ocho hombres en campaña, que actúan y se mueven dentro de un escenario en el cual los persigue la sombra de un destino implacable.

Estas ocho figuras humanas que son los personajes del libro de Villarejo, son ocho soldados del regimiento de infantería «Cerro de Cora N.º 14», y tienen como todos los hombres del mundo, una mujer, un hijo, una hermana o una novia a quien amar y evocar. En medio del horror de la guerra, oyendo el estampido fragoroso del cañón que retumba en la lejanía y el tableteo de las ametralladoras, esas imágenes tienen, sin embargo, la fuerza espiritual suficiente para remover en su sensibilidad, toda esa vida pretérita cuyo ritmo, ya un poco confuso y desvaído, ninguno de ellos sabe si volverá a continuar, porque «la guerra es la guerra», (esto cerca de las trincheras se oye decir a cada momento) y es preciso acostumbrarse a la idea de que la muerte es la posibilidad más segura que allí se tiene.

Así lo comprende el sargento Anastasio Martínez, cuando recibe de su capitán la orden de ir con ocho hombres a hacer una exploración de reconocimiento a través del monte chaqueño, con el objeto de conocer las posiciones bolivianas, frente a las cuales el regimiento paraguayo al cual pertenece, mantiene su duelo

cotidiano. Para realizar esta peligrosa comisión aquel piquete de soldados, tiene que cruzar por entre el laberinto de «picadas», es decir, de rutas improvisadas que el machete boliviano o paraguayo, abrió en la selva. Es una ruta plagada de peligros y de asechanzas. Se dejan guiar más por su instinto que por el conocimiento que tienen del monte y de esos caminos sorpresivos, que las necesidades de la guerra obligaban a trazar de un día a otro. Por las noches el frío penetrante del invierno chaqueño, cala sus miembros extenuados por la fatiga de aquella marcha interminable. La ropa y la carne desgarrada por las ramas, hace más lamentable su figura y más cruel su peregrinación. De vez en cuando, les sorprende el inquietante silbido de la serpiente cascabel, cuya vecindad permanente no les permite ni siquiera un descanso tranquilo. Y por dentro van roídos por el recuerdo de una casa, de un ser querido, de unos ojos que se quedaron clavados en el corazón. Como en el relato de Céspedes, en que el coronel Sirpa vive obsesionado por la imagen de su mujer infiel, aquí en el otro lado, Anastasio Martínez, sargento primero de un regimiento paraguayo, pierde el sueño por una mujer que ni sabe si lo ama, o le ha olvidado. Una noche siente unos celos feroces con uno de sus soldados y casi se olvida de su papel de jefe, de la guerra y de su difícil comisión. Los muertos a quienes ya el sol, los pájaros insaciables y los pequeños simios ya devoraron, jalonan la ruta con sus macabros despojos. Un día se entretienen revisando los apuntes de una libreta que encuentran junto a los restos de un «bolís», Anastasio Martínez lee aquellos apuntes y sus compañeros le oyen con gran interés, con un interés de niños grandes olvidados de lo que tienen que hacer. Uno de ellos observa gravemente:

—Escribe bien ese tipo.

Vuelven a su base. Pero el capitán encuentra que la misión no fué cumplida a la medida de sus deseos. Y entonces tornan de nuevo al monte. Ahora los empuja una fatal resignación. Un día sorprenden un piquete de bolivianos a quienes matan. Pero

al otro día les toca el turno a ellos. «La guerra es la guerra». Y mientras en sus cuerpos se hartan los pájaros y las fieras, por cada lado, allá muy lejos de las trincheras, hay siempre alguien que llora sobre el recuerdo de aquel que devoró el monstruo insaciable de la guerra.—L. D.



GLEBA, por *Carmen de Alonso*. Ediciones Cultura

Alguien nos dice que bajo el pseudónimo de Carmen de Alonso, se oculta el nombre de una joven escritora chilena, que debuta con este libro en las letras nacionales. No hay duda que entra con paso firme a la literatura. Inmediatamente se advierte en su prosa un dominio del lenguaje, y cierta facilidad, nada de común, en quien comienza, para manejar el hilo de los asuntos que toma para realizar sus concreciones artísticas. Nos deja un tanto perplejo el título de su libro, que en realidad no parece reflejar el carácter de los temas tratados en este volumen. Pero esto no tiene mayor importancia. Lo importante es que en sus páginas se refleje la vida, con su claroscuro de tristezas y alegrías. Que haya en ellas, animación, fuerza expresiva y el sentimiento necesario para dejar una huella perdurable en el espíritu del lector.

Nos parece que estas condiciones esenciales están conseguidas en gran parte. Carmen de Alonso se revela como un temperamento profundamente femenino, en su manera de observar el ambiente alrededor del cual mueve sus personajes, y de expresar lo que ella entiende de la vida. En sus diálogos, hay soltura y justeza. Las gentes conversan sin que se note artificio, ni tampoco desentono con el medio en que la autora las sitúa. En lo que nos parece que se equivoca, y esto lo decimos sin apelar a otro título que el de un largo conocimiento con esa realidad, es en la pintura del ambiente y de los tipos campesinos. No lo-